



No tan a resguardo: apuntes sobre la necesidad de mirar a la derecha (en Uruguay también)

Cualquiera que viva o haya pasado un tiempo en Uruguay habrá escuchado alguna vez la frase: “Si se viene el fin del mundo que te agarre en Uruguay, que seguro llega unos años más tarde”. En Uruguay, a diferencia de nuestros vecinos, sobre todo Argentina, parece que nunca nada cambiara demasiado, o que de ocurrir algo, sucede con tanta parsimonia que se vuelve imperceptible. La cultura uruguaya parece estar más matizada por la agonía que por la tragedia, por el desgaste más que por el quiebre (salvo las excepciones que todos sabemos, y que hasta hoy, vivimos como drama, y también como agonía).



La historiografía y las ciencias sociales han producido frondosos trabajos que dan cuenta de estas características tan orientales como uruguayas, las interpretaciones de Carlos Real de Azúa en *El impulso y su freno* escritas en 1964, las de Hugo Achúgar en *la Balsa de la medusa* de 1992, y las de Gerardo Caetano y otros autores en *Identidad uruguaya: crisis, mito o afirmación*, publicado el mismo año, son buenos ejemplos de síntesis de esa condición amortiguadora, de medianía, de penillanura del paisaje social y político, aún cuando este imaginario no siempre se compadezca con la realidad más pura y dura corporeizada en los seres más vulnerados y desprotegidos. Es el rechazo a la estridencia lo que nos ha dado fama de “sobrios” y medidos, a la vez que ha abonado una inusitada capacidad para licuarlo todo.

Sin embargo, esa aparente calma no nos pone a resguardo, y aunque parezca que en Uruguay se puede postergar hasta el mismo fin del mundo, todo llega. Hará piruetas para esconderse, para disolverse, para no llamar la atención, pero llega y estará en nuestra capacidad anticipatoria darle cabida a la tragedia para empezar a imaginar cómo lidiamos con eso.

El sistema político uruguayo ha vivido largos períodos de equilibrios,

primero de la mano de los dos grandes partidos tradicionales y fundadores de la partidocracia uruguaya.

El conglomerado de izquierda, a pesar de algunos revolcones de orilla, tuvo en el programa común y en el principio de “unidad en la diversidad”, su mayor salvaguarda a las crisis internas y a las derrotas

Luego, a pesar del *impasse* e incomodidad que supuso la irrupción del Frente Amplio, que se configuraba, por su característica de coalición y de movimiento, como una amenaza para aquel equilibrio consolidado y en apariencia inquebrantable, con la construcción de un nuevo equilibrio de tres, fundamentalmente después de que la izquierda ganara sus primeras elecciones y gobernara.

Este nuevo equilibrio se fue construyendo a costa del enmagrecimiento de uno de los partidos tradicionales, el Partido Colorado, y la tradicionalización¹ de la coalición de izquierda. Hasta las elecciones del 2019, esos equilibrios partidarios supusieron que los partidos tradicionales

1 - Varios trabajos de Jaime Yaffé (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República) se han centrado en este concepto



conformaban un conglomerado de centro derecha -que aún expresando sensibilidades históricas distintas y con alguna diferencias filosóficas y políticas fundacionales que perduran hasta nuestros días, por ejemplo, la concepción del papel del Estado en la construcción nacional y el modelo de desarrollo de país, tenían muchos puntos en común.

En la última campaña política, la apropiación que la coalición multicolor hizo de la noción de “cambio”, de “nervio transformador”, de “ruptura del *statu quo*”, ya daba señales de que la derecha apuraba pasos “desacomplejados” en un terreno discursivo que hasta ese entonces le era ajeno y que había sido capital narrativo de la izquierda

En ambos partidos, las posturas liberales, neoliberales, reaccionarias asociadas a la derecha pura y dura y algunos chispazos de “progresismo”

convivieron, sin demasiado dramatismo. Por su parte, el conglomerado de izquierda, a pesar de algunos revolcones de orilla (como fue en su momento la escisión del sector liderado por Hugo Batalla y las idas y venidas del Partido Demócrata Cristiano y del Nuevo Espacio), tuvo en el programa común y en el principio de “unidad en la diversidad”, su mayor salvaguarda a las crisis internas y a las derrotas. Fuera de eso, un Partido Independiente que nunca logró posicionarse como una opción convincente y algunos grupos de izquierda, que le jugaban por las bandas a la izquierda histórica, pero que no aparentaban dañar los procesos de acumulación más consolidados.

Sin embargo, en las últimas elecciones nacionales de 2019, algo de aquellos equilibrios se rompió, no solo porque después de varios intentos, se fraguó una coalición de gobierno entre los partidos tradicionales y otros partidos emergentes, como el ahora intrascendente Partido de la Gente, pero entonces poseedor de un botín nada despreciable (más que en votos, en capitalizador de descontentos y malestares con la política), el Partido Ecologista Radical Intransigente (PERI) que por primera vez ponía con cierta fuerza la agenda ecologista en el escenario político uruguayo, cierto crecimiento de Asamblea Popular, acaparando las demandas de mayor radicalidad en

los planteos desde la izquierda, y sobre todo, la emergencia de Cabildo Abierto, como partido que encarnaba, sin los tradicionales complejos de moderación, la agenda explícitamente más conservadora en la política uruguaya de las últimas décadas.

En un contexto global de insatisfacción, disconformidad, desconcierto y precariedades múltiples, las derechas mundiales, y la uruguaya a su manera se planta como el reservorio de las certezas y las soluciones

El agazapamiento y la licuación de la derecha uruguaya concluía, dando paso a un nuevo ciclo: la derecha tomaba cuerpo como nunca antes en el sistema de representación democrática (es obvio que el período dictatorial queda afuera de esta consideración por razones de excepcionalidad ligadas a la falta de libertades básicas y al ejercicio del terrorismo de Estado). El liderazgo de Manini Ríos², pero fundamentalmente, el elenco que lo rodea, -entre quienes se cuentan desde viejas figuras asociadas a la

2 - Guido Manini Ríos fue Comandante en Jefe del Ejército Nacional, desde 2015, con el inicio de la presidencia de José Pepe Mujica y fue destituido en 2019 por el Presidente Tabaré Vázquez. El cese tuvo como detonante las declaraciones de Manini Ríos contra la justicia por los fallos relacionados con la dictadura militar.



dictadura, con conductas persecutorias y delatorias, hasta personajes emergentes con fuerte presencia en los territorios-, y su capacidad de ser una pieza clave de la nueva coalición de gobierno, -a la vez que desconcertante e incómoda-, ha aglutinado fuerzas antes diseminadas y ha propiciado condiciones de decibilidad de discursos típicamente de derechas y que han ido perdiendo toda morigeración. Claro, a la uruguaya, lo decible para la derecha en Uruguay, también es a la uruguaya.

En el libro escrito por Pablo Stefanoni, *¿La rebeldía se volvió de derecha?*

aparecen algunas pistas interesantes para empezar a aguzar los sentidos sobre las prácticas discursivas, las narraciones, lo decible, el relato que se empeña en construir la derecha uruguaya, sabiendo que la rueda se inventó hace rato y en otro lugar, pero que hay características propias que nos obligan a una atención particular y a despertar otras alertas.

Dice Stefanoni, “la izquierda, sobre todo en su versión ‘progresista’, fue quedando dislocada en gran medida de la imagen histórica de la rebeldía, la desobediencia y la transgresión que expresaba. Parte del terreno perdido

en su capacidad de capitalizar la indignación social fue ganándolo la derecha, que se muestra eficaz en un grado creciente para cuestionar ‘el sistema’ (...) En otras palabras, estamos ante derechas que le disputan a la izquierda la capacidad de indignarse frente a la realidad y de proponer vías para transformarla...”³. En la última campaña política, la apropiación que la coalición multicolor hizo de la noción de “cambio”, de “nervio transformador”, de “ruptura del *statu quo*”, ya daba señales de que la derecha apuraba pasos “desacomplejados” en un terreno discursivo que hasta ese entonces le era ajeno y que había sido capital narrativo de la izquierda.⁴

Mientras la izquierda ha hecho en los últimos tiempos importantes intentos por incorporar una mirada interseccional a la política y generar equivalencias en el terreno de las luchas colectivas, la derecha se apropia de una suerte de “indignación dadora de sentido, con una impronta solucionista”

En un contexto global de insatisfacción, disconformidad, desconcierto y precariedades múltiples, la derecha mundial, y la local a su manera se planta como el reservorio de las certezas y las soluciones. Mientras que la izquierda ha hecho en los últimos tiempos importantes intentos -paradójicamente, con resultados que se compadecen bastante poco con los esfuerzos de muchos de sus militantes- por incorporar una mirada interseccional a la política y generar equivalencias en el terreno de las luchas colectivas, la derecha se apropia de una suerte de “indignación dadora de sentido, con una impronta solucionista”.

La filósofa española Marina Garcés⁵ hace referencia a una “parálisis de la imaginación” que provoca que “todo presente sea experimentado como un orden precario y que toda idea de futuro se conjugue en pasado. Garcés sostiene que el mundo contemporáneo es “radicalmente antiilustrado” y la educación, el saber y la ciencia se hundieron también en un desprestigio del que solo puede salir si se muestran capaces de ofrecer soluciones concretas a la sociedad: laborales, técnicas y económicas. Dice Garcés, (p. 19) “el solucionismo es la coartada de un saber que ha perdido la atribución de hacernos mejores, como personas y como sociedad”.

3 - Stefanoni Pablo: *¿La rebeldía se volvió de derecha?* Como el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio). Siglo XXI. Argentina 2021 p.15.
4 - En las elecciones de 2004 la cortina musical de la campaña electoral del Frente Amplio estaba basada en la canción *Todo cambia* de Mercedes Sosa y en las elecciones de 2019 el Partido Nacional tuvo como uno de sus eslóganes centrales de campaña “un gobierno para evolucionar”.
5 - Los aportes de Garcés son tomados por Stefanoni. Op. Cit. p.19.



Las derechas siguen corriendo el margen de lo decible al mismo tiempo que la izquierda se repliega coartando su potencial imaginativo y transgresor



Las derechas siguen corriendo el margen de lo decible al mismo tiempo que la izquierda se repliega coartando su potencial imaginativo y transgresor. Las disputas electorales son promotoras y excusa de ese gesto conservador de la izquierda. En el caso uruguayo además, se le suma todo lo que dijimos al principio, la narrativa de izquierdas “debe” guardar doblemente las formas, por la moderación ideológica a la que se ha llamado para parecerse cada vez más a lo “votable” y por el talante de la cultura política nacional. Una vez más, la agonía por sobre la tragedia, lo esperado por sobre lo imaginable.

Los destellos reaccionarios, en algunos casos fascistoides, no son patrimonio de estos tiempos, ahí estuvieron siempre, con más o menos auge, con más o menos eco, pero hoy en Uruguay, como eco de lo que sucede en gran parte del mundo, y con la amplificación que producen las redes sociales, los discursos de odio, narraciones moral y éticamente

reprobables, tienen posibilidades de emergencia y tolerancia distintas. Mientras que los discursos “políticamente correctos” se instalan, el sentido común y la forma de ver el mundo se perfora con visiones clasistas, misóginas, violentas, racistas, aporóforas y culpabilizantes para quienes no “hayan hecho el esfuerzo personal suficiente para ser merecedores de una buena vida”. La acusación de que los pobres son una suerte de “privilegiados” por las ayudas que reciben, la idea de que la lucha por los derechos humanos, por la memoria, la verdad y la justicia es “un curro”, los intentos por desprestigiar los procesos judiciales en casos de abuso y explotación sexual, hacer retroceder avances realizados en políticas para la igualdad de género son andanadas constantes para la construcción de un sentido común de nuevo cuño, con nuevos “permisos”, con nuevas fronteras. Los discursos políticos de los líderes de la vieja y la nueva derecha uruguaya están llenos de ejemplos de esto sobre lo que solo estamos planteando unas primeras pinceladas. Las redes sociales están atiborradas de *trolls* haciendo muy bien su trabajo para esa nueva cosmovisión pero también hay miles que ni siquiera necesitan una paga o un compromiso político para hacer el trabajo de hormiga de reproducir mensajes de descrédito de la política.

Frente a esto, no puedo escapar a plantearme una pregunta: ¿qué margen hay para delinear nuevos mapas cogni-

tivos, para organizar el potencial transformador, para resguardar el brío emancipatorio?

En Uruguay, como eco de lo que sucede en gran parte del mundo, y con la amplificación que producen las redes sociales, los discursos de odio tienen posibilidades de emergencia y tolerancia distintas

Tengo la convicción de que es necesario seguir hurgando en esta nueva ecuación política que trae consigo una nueva ecuación de las emociones políticas. Para darnos algún aliciente Stefanoni dice: “es cierto que leer a racistas, desigualitarios y misóginos, requiere cierto estoicismo, pero puede dar sus frutos”⁶. Entonces habrá que abrazarse a la esperanza que presupone comprender para transformar.



Angélica Vitale Parra (Uruguay) es feminista, licenciada en Sociología, diplomada en Educación, imágenes y medios por Flacso, Argentina y candidata a doctora por la Universidad de Alicante (España), del Programa “Bienestar Social y Desigualdades”. Es experta en comunicación institucional, y en género. Dirigió equipos de comunicación en instituciones del Estado, servicios universitarios y organizaciones de la sociedad civil, coordinó campañas y estrategias de comunicación en estos y otros ámbitos. Ha sido investigadora en distintas temáticas en la Universidad de la República.